

labra, ninguna cosa se ocultaba á su vigilancia. Mandó que se le presentasen todas las viudas consagradas al servicio de la Religión: examinó con cuidado su conducta; á las que manifestaban aire mundano y propension á la sensualidad, las exhortó á que se casasen, pues era preferible esto á que se valieran de la independencia en que estaban de un esposo para pasar la vida en ociosidad, en intrigas, en perpetua locuacidad y en vana curiosidad.

Vemos además por sus discursos que lejos de desatender á los demás fieles, los dirigía á la perfección más sublime (1): exhortaba á los ciudadanos de Constantinopla á que cada uno erigiese en su casa una especie de hospital doméstico, es decir, un lugar de hospitalidad para el alivio de los pobres; y llegó hasta proponer á muchos el restablecimiento de la comunidad de bienes y el absoluto desinterés de los primeros cristianos. Aunque los oficios de la noche se celebraban solo por los solitarios ó cenobitas, instó á la parte más ocupada del pueblo, es decir, á los hombres que por el día no tenían tiempo, á que acudiesen al templo con la mayor frecuencia que les fuese posible; porque en cuanto á las mugeres, la prudencia les impide frecuentar estos ejercicios nocturnos. Con su elocuencia victoriosa obtuvo cuanto quiso: la ciudad de Constantinopla progresó admirablemente en la piedad y tomó un aspecto enteramente nuevo. El circo y el teatro quedaron desiertos por asistir á los templos, y esto sucedía en la ciudad más amante de los espectáculos; sabemos esto por la explicación que con este motivo hizo de las Epístolas de S. Pablo á los efesios, colosenses y hebreos, y de los Hechos de los Apóstoles. Reunía tres veces á la semana sus ovejas, y en algunas ocasiones todos los siete días seguidos; y

(1) Pallad. Vit. et Chrys. Homil. passim.

cuanto más infatigable se mostraba en instruir, tanto menos se cansaban sus oyentes. La multitud así de fieles como de hereges y paganos que iba á oírle era tan grande, que se vió precisado á abandonar el lugar ordinario y predicar en otro mucho más capaz. Concurrían algunos por curiosidad y amor á su elocuencia; pero triunfando la gracia de estas disposiciones de suyo imperfectas y de todos los obstáculos, se veían todos los días ruidosas conversiones.

Habiendo abjurado su error un macedoniano, pretendió convertir también á su muger; prometiéndole esta lo que deseaba y concurrió á la iglesia en donde recibió la Eucaristía; mas en vez de consumirla, la ocultó, inclinando la cabeza como para orar, y en su lugar puso pan ordinario que la dió con astucia una criada de confianza. Pero al llegar el pan á la boca mudó súbitamente de naturaleza, y queriendo comerle halló en vez de pan una piedra entre sus dientes. Corrió inmediatamente al obispo, confesóle su delito con muestras muy sinceras de conversión, y le enseñó la piedra en que estaban señalados sus dientes. Refiere este hecho Sozomeno (1) que vivía casi por este tiempo, y dice que se veía esta piedra en el tesoro de la iglesia de Constantinopla, en donde se había depositado. No limitó su celo á esta iglesia el santo Patriarca, sino que le estendió con la reforma á las seis provincias de la Tracia, á las once del Asia, y á igual número de las iglesias del Ponto; es decir, á todas las dependencias de su patriarcado. Pasando de aquí á interesarse en todo lo que pertenecía al orden y felicidad del cuerpo de la Iglesia, emprendió reunir á los obispos del Oriente con los de Egipto y de Occidente que seguían divididos desde el cisma de Paulino. Pidió también á Teófilo de Alejandría que le auxiliase en sus

(1) Lib. 8. hist. cap. 5.

designios, y los dos unidos obraron con tanto acierto en Roma por medio de sus enviados, que consiguieron volviere Flaviano de Antioquia á la comunión de los occidentales. El alma sensible de Crisóstomo, en el más alto punto de su elevación, le hacía mirar á este Patriarca como á su maestro, y jamás cesó de amarle y reverenciarle como á su padre.

Su celo se estendió hasta los bárbaros más feroces; pues habiendo sabido que había escitas vagabundos, llamados nómados ó pastores, acampados cerca del Danubio, y que anhelaban instruirse en la Religión, les envió hombres apostólicos que consiguieron felizmente su intento. Había ya en aquella nación algún conocimiento del cristianismo; mas como tenían muchas relaciones con los demás bárbaros, contagiados la mayor parte por el arrianismo, muchos de ellos habían caído también en el error, y hasta en la ciudad imperial se hallaban algunos seducidos. Para desengañarlos les dió catequistas y sacerdotes de su lengua, y les señaló una iglesia particular á donde algunas veces iba él mismo á instruirlos por medio de un intérprete. Sabiendo que había aun marcionitas en el territorio de Cyr, se puso de acuerdo con el obispo diocesano y con la corte, y tomó medidas eficaces para libertar de ellos el país (1).

San Porfirio, arraucado á pesar suyo de la soledad para ser colocado en la silla episcopal de Gaza, se lamentaba de ver su diócesis llena de idólatras, no menos furiosos contra su rebaño que contra el mismo Santo. Había todavía hasta ocho templos de los falsos dioses en aquella ciudad, y solo el idolo de Marnas era suficiente para eternizar allí la idolatría. Porfirio acudió á solicitar del emperador la ruina de la superstición.

(1) Theodor. lib. 5. hist. cap. 2.

ción, y primero se dirigió al Patriarca, el cual, además de su crédito, se valió del eunuco Amancio, gran siervo de Dios y muy poderoso con la emperatriz. Con su recomendación, recibió muy bien la princesa al obispo de Gaza, y le ofreció hablar al emperador. Recordando entonces Porfirio una profecía que había oído á un santo anacoreta, al pasar por la isla de Rodas, dijo á la emperatriz (que estaba en cinta y deseaba con ansia tener un hijo): «trabajad por la causa de Jesucristo, y tendréis un hijo que vestirá la púrpura.» Cumplióse al pie de la letra esta profecía poco tiempo después, dando á luz Eudisia un hijo que se llamó Teodosio, como su abuelo, y á quien pusieron la púrpura desde que nació, con el título de Cesar. La madre, llena de alegría, no olvidó al santo obispo de Gaza: envióle á llamar siete días después de su parto, y á su llegada, levantándose prontamente de su silla, salió á recibirle á la puerta de su cuarto con el tierno príncipe que tenía en sus brazos. «Padre mío, le dijo, dadnos vuestra bendición á mí y á este niño que tengo por vuestras oraciones.» invocó el obispo al Señor, y les echó su bendición. Después escribió un memorial, buscó el momento en que llevaban el tierno Cesar á palacio, y se le presentó. El que tenía el niño y conocía las disposiciones de la madre, recibió el memorial sonriéndose, y después haciendo inclinarse un poco la cabeza al príncipe, dijo en voz alta: *Mágase como se pide.* Contó la emperatriz el caso al emperador: alegróse todo el palacio, y agradóles el ardid. «Ciertamente que es un negocio de grande importancia, dijo Arcadio; pero ¿cómo hemos de resistir al primer acto de autoridad de nuestro hijo? Inmediatamente se espidió el orden para demoler los templos de Gaza y particularmente el de Marnas, de cuyas ruinas hizo construir la emperatriz una igle-



sia magnífica y un hospital para los forasteros (1).

Entretanto esparcían los gentiles por todo el Imperio el rumor de un falso oráculo según el cual la idolatría debía recobrar por este tiempo su primitivo esplendor y levantarse sobre las ruinas del cristianismo. Mas lejos de verificarse así, vieron por el contrario los idólatras que hasta en las estremidades del Occidente caían todos sus ídolos por un edicto espreso del emperador Honorio, y venían á tierra todos los monumentos de la superstición; pues si algunos quedaban en pié era solo para el adorno profano de las ciudades; y por último, que eran consagrados al culto cristiano todos los templos de los falsos dioses.

Entonces fué cuando, estableciendo Aurelio, obispo de Cartago, la Silla de su primacía en el famoso templo de Juno, llamada celestial, pronunció la Verdad increada sus oráculos en el mismo lugar en donde el padre de la mentira había hecho resonar los suyos por espacio de tantos siglos. No se vió ni apareció monstruo alguno, ni dragon horrible de los que, según la amenaza de los paganos, debían defender á la madre de sus dioses. Los oráculos de las Sibilas hallados en Roma, y que tan venerados habían sido allí, fueron pábulo de las llamas á que Estilicon los condenó.

Con el mismo buen éxito trabajaron en el fondo de las Galias pastores celosos por la ruina de la idolatría. Con este objeto hizo el gran San Martín los mayores esfuerzos durante mucho tiempo con la mas infatigable perseverancia, y la desterró casi enteramente de su diócesis; pero ya tantos trabajos le habían consumido, y se acercaba el momento de obtener el merecido premio. Tenía mas de ochenta años, y sabiendo que

(1) Theod. lib. 5, hist. c. 29. S. Porph. ap. Sur. 26 febr.

se acercaba su muerte, él mismo avisó de ello á sus discípulos. Mas como hubiese sabido que había alguna división en el arrabal de Canda, en la confluencia del Loira y del Viena, en la estremidad de su diócesis, partió volando á restablecer la concordia y la caridad que su solo aspecto inspiraba. No fué necesario en efecto mas que presentarse; mas cuando pensaba ya regresar á su monasterio, le faltaron de repente las fuerzas y avisó á sus clérigos, que por su respeto y ternura le acompañaban en gran número por donde quiera que iba. Cuando estos advirtieron el estado de debilidad y decaimiento en que se hallaba, exclamaron todos á una voz: «¡oh Padre! ¿con qué nos dejais? ¿No veis cuán necesario nos sois todavía, y que los lobos devoradores invadirán vuestro rebaño luego que deje de teneros por defensor? Vos volais á la felicidad suprema; pero ¿no os interesan las calamidades ni los peligros en que nos dejais (1)?»

Enternecido el Santo y vertiendo lágrimas con ellos, dijo: «Señor, si aun soy útil á vuestro pueblo, no rehusó el trabajo: obrad sin escuchar mis deseos lo que sea de mayor utilidad para mis ovejas y para vuestra mayor gloria.» Agravóse el mal, y abrazado el Santo de una fiebre violenta, estaba tendido sobre la ceniza y el cilicio. A vista de esto pidieron sus discípulos permitiese al menos que debajo le pusiesen un poco de paja; pero mirando este tratamiento como muy delicado: «hijos míos, les dijo, no es propio de un cristiano morir en la molicie.» Oraba sin interrupción, con los ojos y las manos levantadas al cielo; le rogaron que mudase aquella postura penosa, y respondió: «dejadme contemplar el cielo mas bien que la tierra: este es el camino por donde mi alma debe ir al Señor.» Mostrando despues su justa confianza y el

(1) Sulp. Epist. 3.

desprecio que hacia de los últimos ataques del enemigo de la salvación: «¿qué esperas aquí, le dijo, monstruo cruel? Nada encontrarás en mí que secunde tus designios funestos: me elevaré sobre tus ardidés hasta el seno de Abraham.» Pronunciando estas palabras exhaló el último suspiro á 8 de noviembre, en el año XXVII de su episcopado, y según la opinion mas verosímil el 397 de Jesucristo. Luego que murió, se vió brillar su rostro y despedir rayos de gloria celestial.

Los habitantes de Poitiers creíanse autorizados para llevarse su cuerpo, á causa del tiempo que había morado entre ellos en su primer monasterio de Liguéy; pero sus diocesanos le amaban en extremo, y eran muchos los que se hallaban en Canda para dejar de defender sus justas pretensiones. Lleváronle á Tours en donde se reunió un concurso prodigioso, no solo de la ciudad, pues toda ella salió á recibir las santas reliquias, sino también de los pueblos del campo y de muchas ciudades cercanas. Las personas mas retiradas por su estado se juzgaron dispensadas de la regla por una causa tan santa, y concurrieron una innumerable multitud de vírgenes con cerca de dos mil monges. Vertían todos abundantes lágrimas, atendiendo menos á la corona eterna que obtenía el Santo, que á la pérdida irreparable que acababan de experimentar, y le acompañaron cantando himnos hasta el lugar de su sepultura, en donde se edificó despues una grande iglesia y el célebre monasterio llamado de San Martín (1).

En el año 400 se celebró en Toledo un Concilio que es el primero de esta iglesia. Escomulga al fiel que además de una esposa legítima tiene una concubina; pero no al que no tiene otra muger. Para la inteli-

(1) Sever. Sulp. vit. S. Mart. lib. 24, n. 25.

gencia de esta disposición, debe observarse que había una especie de mugeres que se llamaban concubinas. Según las leyes romanas, era necesario que hubiese proporción en la calidad de los que se casaban: un senador no podía casarse con una esclava que había recibido ya la libertad, ni un ciudadano con una esclava; y la unión de esclavos entre sí, aunque legítima, no se llamaba matrimonio. Mas la ley permitía que la que no podía ser muger por su clase, ocupase el lugar de concubina. Esta que se llama concubina, además de ser única muger, debía estar unida con el vínculo conyugal y no estar casada con otra persona. Los hijos que nacían de esta unión no eran ni legítimos ni bastardos, sino hijos naturales y capaces de recibir donaciones. La Iglesia no tomaba parte en estas distinciones, atentase únicamente al derecho natural y dejaba correr en general la unión de los dos sexos, con tal que se observase la unidad y estabilidad. De este modo no se ponían en pugna ambas potestades; la Iglesia no tocaba á los derechos civiles, y los emperadores respetaban los derechos del sacramento. En este Concilio de Toledo se halla por primera vez que á la Cabeza de la Iglesia se le da el nombre de Papa por excelencia (a).

(a) Reunióse este Concilio (que puede llamarse general de España por haber asistido obispos de las tres provincias, Tarraconense, Cartaginense y Lusitana), para condenar con toda solemnidad la herejía de los priscilianistas, y procurar la reunión de todos los obispos españoles, de los que ó por adictos á los herejes, ó por su estremado rigor como partidarios de Itacio, estaban algunos separados. El día 25 de agosto del año 400 se tuvo la primera sesión, en la que presidió Patruino de Mérida, como también en todas las siguientes. Ante todo fué leído y confirmado el símbolo de la fé; se formaron diez y ocho anatematismos contra los errores de Prisciliano; y además veinte cánones de disciplina. Es notable en este Concilio, y le ha hecho muy célebre, la adición de la partícula *Filioque*, puesta por primera vez en el símbolo constantinopolitano, pues al explicar la creencia en el Espíritu Santo dijeron los Padres: *qui ex Patre Filioque procedit*. Toda la Iglesia admitió despues esta fórmula como la mas propia para proscribir la herejía de los griegos. (N. del E.)



Por este mismo tiempo se hizo muy ruidosa la contienda de San Gerónimo con Rufino de Aquileya. Santa Marcela y otros amigos de distincion, que el santo Doctor tenia en Roma, clamaban altamente contra los escritos de Rufino; pues á mas de su celo por la fé, que les hacia ver con dolor se esparciesen por el Occidente las novedades de Origenes, se indignaban de ver el artificio con que el traductor complicaba en estos perniciosos errores al santo sacerdote Gerónimo. Escribieron á este ilustre amigo, el cual justificándose de los elogios que habia hecho de Origenes, contestó que apreciaba su talento y su erudicion, pero sin aprobar su doctrina; que se habia servido de él como de los escritos de Tertuliano, de Eusebio de Cesarea y de Apolinario, con quien habia estudiado, como tambien bajo la direccion de un judío; que la doctrina de Origenes es reprehensible, por mas que sus costumbres hubiesen sido puras é inmensos sus trabajos; que si admitia excusa en sus intenciones, sus dogmas están envenenados, pues hacen violencia á la Escritura; y finalmente, que es cosa escandalosa alabarle como á un Apóstol que en nada se engañó (1). Respecto á la apología de Origenes atribuida por Rufino á San Pámfilo, sostiene San Gerónimo que no es de este santo mártir, sino de Eusebio. Como le tenian siempre por amigo de Rufino, de quien lo habia sido constantemente durante su larga mansion en Palestina, le escribió á él mismo, quejándose dulcemente de que prodigándole elogios aparentes le hacia en efecto sospechoso de origenismo, y le suplicó que no lo hiciese así. Pero lo que separó completamente á Rufino de la amistad de San Gerónimo, fué que para atajar el escándalo de su version, tradujo el mismo Santo los li-

(1) Hieron. Epist. 65.

bros de los Principios. Veia una afectacion muy sospechosa de parte de Rufino en haber corregido en su Origenes los errores contra la Trinidad, que hubieran hecho mucho ruido en Occidente, y habia dejado los pasages peligrosos, cuyo veneno era mas imperceptible; tales, como por ejemplo, los de la estraña doctrina concerniente á los ángeles, á las almas humanas, á la resurreccion futura, á la multitud de mundos, y al restablecimiento final de todas las cosas. San Gerónimo juzgó que debia hacer una version mas exacta, en la que apareciesen igualmente todas las impiedades, y que inspirase la desconfianza debida para no fiarse de este autor. Sintió tanto Rufino este golpe, y tanto se indignó, que no pareció conveniente comunicarle la carta de su antiguo amigo; y compuso inmediatamente contra él tres libros, que no sirvieron sino de hacer aun mas equívoca la fé de su autor: de modo que el Papa Anastasio creyó que no podia menos de censurar, y censuró efectivamente, estos nuevos escritos (1).

Asi pues, fué condenado Origenes, pero no su traductor; y el origenismo fué condenado no solamente en Roma, sino tambien por Venerio de Milan, discípulo y sucesor de San Ambrosio; por Cromacio de Aquileya, de quien Rufino era diocesano; y en una palabra, por todo el Occidente, indignado justamente con tan grande escándalo.

En efecto, por mas cuidado que se haya tenido en disculpar á Origenes, es imposible justificar sus obras, ni aun imputar á sus discípulos todos los errores que contienen. Debemos no obstante convenir en que estos introdujeron en ellos los mas groseros, y que por otra parte seria injusto tomar á la letra ciertas espresiones de este escritor que fué estremado partidario del

(1) Hieron. Epist. 1, c. 70.

sentido alegórico. Hé aqui la injusticia de que se acusa á Teófilo de Alejandria, y que aparece en las cartas pascuales que dirigia á todas las iglesias para avisarlas el dia de la Pascua, á ejemplo de sus antecesores encargados de ello por el Concilio de Nicea: ocasiones de que se aprovechó para infundir á los fieles las ideas que él mismo tenia del origenismo. La primera y la mas equitativa de estas cartas reduce dichos errores á lo siguiente:

Primeramente, á insinuar que el reinado de Jesucristo debe tener fin. Esta impiedad no se encuentra de un modo espreso en obra alguna de Origenes, pero se sigue naturalmente de sus principios, porque si todos los cuerpos deben ser destruidos al fin de los siglos, como que dice que no fueron hechos sino para castigar á los espíritus, síguese que Jesucristo no tendrá ya cuerpo, ni será verdaderamente hombre, ni por consiguiente será nuestro Rey, á lo menos bajo este concepto. El segundo error es, que los demonios se salvarán despues de haber sido purificados con largos suplicios; lo cual pretendia deducir Origenes del principio de que Jesucristo debia ser el Salvador de todas las criaturas racionales. El tercero es, que los cuerpos no resucitarán del todo incorruptibles, sino que conservarán la raiz de la corrupcion, ó el principio de la destruccion que deben experimentar al fin de los siglos; lo cual es tambien una consecuencia de aquella rara ocurrencia de Origenes, que pensaba que los cuerpos estaban únicamente destinados á castigar los espíritus, y por consiguiente, que una vez purificados enteramente estos, eran inútiles aquellos.

A pesar de que Teófilo penetraba muy bien el misterio del origenismo, tardó mucho tiempo en decidirse á censurarlo. Habianle escrito San Gerónimo y San Epifanio sin fruto alguno, que en vano esperaba

corregir á los hereges con la dulzura, y que muchos varones santos desaprobaban la lentitud que usaba. Mas acusándole de origenismo algunos monges egipcios con el fuego de un celo indiscreto, no vió medio mas propio para calmarlos que condenar estos errores, aunque la acusacion fuese infundada. Habia entre estos monges muchos simples é ignorantes que se representaban imágenes sensibles de las cosas mas intelectuales, y por ciertas espresiones de la Escritura se imaginaron que Dios, en cuanto Dios, tenia cuerpo como los hombres, lo cual los hacia hereges antropomorfitas. Pues bien: ningun intérprete de la Escritura estaba mas distante de esta esplicacion grosera que Origenes, y asi trataban de origenistas á todos los que les contradecian.

El obispo Teófilo enseñaba públicamente con la Iglesia católica que Dios es incorpóreo, y aun refutó muy detenidamente el error contrario en una de sus cartas pascuales que se envió á los monasterios segun costumbre. Aquellos sencillos solitarios quedaron estrañamente escandalizados al leerlo, como si se les hubiera quitado á su Dios con el fantasma que de él se formaban. Uno de ellos llamado Serapion, viejo de gran virtud, pero muy simple, aún despues que se le sacó de sus preocupaciones, haciéndole concebir que no eran menos contrarias á la Escritura que á la de fé todas las iglesias y de todos los siglos; Serapion, digo, deseando dar gracias á los que acababan de desengañarle, comenzó á llorar, esclamando: «¡Ay de mí, que han hecho desaparecer mi Dios, y ya no sé lo que adoro (1)!»

Declaróse mucho mas indócil la multitud de los monges: abandonaron sus soledades, acudieron en gran número á Alejandria, trataron al obispo de impio delante

(1) Cassian. Collat. 2, cap. 3.